

SVEN LORENZ, *Erotik und Panegyrik. Martials epigrammatische Kaiser*, Gunter Narr Verlag (Classica Monacensia, vol. 23), Tübinga 1992, x + 302 pp. ISBN: 3-8233-4882-5.

A primera vista sorprende la difícil combinación del título: *Erotik und Panegyrik*, título que despista al lector cuando, al sumergirse uno en la lectura, descubre en *Erotik* no el componente amoroso de la elegía romana, sino la obscenidad y la sal gorda del epigrama de Marcial. Así entendido, el libro aborda la relación que Marcial mantiene con Domiciano –y en menor medida con Nerva y Trajano– y la defensa que ante estos hace de su poesía. Lorenz sostiene que este diálogo es pura ficción literaria –tan ficticio como la realidad representada en sus epigramas– y que en él participan dos figuras literarias: la del poeta, presentado como un personaje burlesco (*uir mollis*), incongruente y contradictorio, y la del emperador, ser divino y severo censor al que Marcial intenta atraer e integrar en su poesía menor. Para ello distorsiona la alabanza oficial con una lente popular y humorística. Podría decirse que Marcial mediante esos dos personajes intenta fundir –y no oponer como en un *conflictus* medieval– los aspectos más sublimes y más prosaicos de la realidad humana, haciendo del epigrama un género de grandes pretensiones literarias.

Presentada así su propuesta en el capítulo primero, el desarrollo del libro se ocupa de analizar esta relación en las distintas obras de Marcial analizando e interpretando minuciosamente epigramas significativos, a partir de las colecciones individuales (capítulo 2). El *Liber spectaculorum*, transmitido aparte y sin que pueda saberse con seguridad si se trata de una obra completa ni si pertenece a su primera producción, mostraría esta relación con gran nitidez, pues la figura imperial que ahí se alaba no es real sino literaria, al igual que la figura del poeta, oculto bajo la máscara de un enfervorizado espectador cualquiera. Respecto a *Xenia* y *Apophoreta*, para las que se reclama más atención en los estudios literarios, también cuestiona Lorenz la comúnmente aceptada suposición de que son obras tempranas, pues presentan un concepto epigramático muy desarrollado: en ellas el panegírico se imbrica en la subversión saturnal por cuanto el emperador aparece como destinatario de la «corona» de rosas –o sea, poemas– o como un comensal más.

No obstante, donde esta relación es más patente y se ve sometida a desarrollo es en los *Epigrammaton libri*. En ellos se pueden separar los dedicados a Domiciano, libros I-IX (capítulo 3), de los que se destinan a Nerva y a Trajano (capítulo 4). Centrando la atención en los primeros, el elemento panegírico permite establecer diferentes bloques, como el de los libros I al IV. En este primer grupo el carácter austero de Domiciano da pie al poeta para establecer un marcado contraste entre los libros I y IV, dirigidos al emperador divinizado y casto, que aún así gusta de diversiones populares como mimos y epigramas, y los libros II y III, aligerados de elementos laudatorios y en los que la obscenidad aparece como componente imprescindible del epigrama. Entre los ciclos temáticos dedica Lorenz especial atención al de la liebre que juega indemne entre las fauces del león, ciclo que se distribuye a lo largo del libro primero; antes que una crítica al emperador, pondría de relieve la relación pretendida y anhelada entre el epigramático poeta, lascivo y juguetón, y el emperador, que reserva su diente para presas más poderosas.

El mismo contraste parece dotar de unidad a los libros V y VI. En el primero, y contraviniendo el género, Marcial presenta de nuevo un libro casto para complacencia de Domiciano al que alaba con el contraste entre el poeta pedigüeño y el emperador liberal, que esboza una sonrisa ante las impertinentes demandas de aquél. En el segundo, por el contrario, reaparece la temática obscena, pero como contrapunto de la legislación ma-

trimonial imperial, pues en realidad lo que se critica es la lascivia de personajes al margen de dicha legislación; a todo esto, no sería lícito ver en esos poemas una velada crítica de incesto contra Domiciano, pues el análisis de VI 21 mostraría como protectora de dichas leyes a Venus, que con su ceñidor hizo de Marte un esposo, no un amante.

Un tercer bloque lo compondrían los libros VII y VIII, dedicados a Domiciano ausente y regresado, respectivamente. En el primero adopta Marcial la visión de un hombre del pueblo e insiste en sazonar sus epigramas con su sal gorda; ésta se mantiene en el segundo como marca de género, pero se produce una aproximación a la épica y al panegírico, tal como declara en la carta introductoria.

El libro más laudatorio, sin por ello renunciar a la irreverencia del epigrama, es el IX, y en él Marcial erotiza la figura del emperador en el ciclo de poemas dedicados a su favorito Eáirino. A diferencia de otros estudiosos, no ve Lorenz en ello un nuevo punto de crítica velada a Domiciano, sino una más de las alabanzas recogidas en la colección.

Los tres últimos libros (capítulo 4), ya sin Domiciano, repiten los modelos panegíricos ya vistos, aplicados ahora a Nerva y a Trajano, con la salvedad de que en el libro XI Nerva aprueba las licencias de Marcial y de que la relación de éste con Trajano no es de diálogo, sino distante. Sólo en el libro XII y último se atreve Marcial a criticar a Domiciano, pues lo opone a Trajano, *uir fortis et mollis*, seguramente siguiendo las directrices oficiales que muestra Plinio en su coetáneo panegírico.

Este análisis literario no es desaprovechado para entrar a fondo en problemas espinosos sobre la transmisión y la configuración de este último grupo. Así, Lorenz defiende que el libro X no es una mera reelaboración de un material «peligroso» relativo a Domiciano y publicado tras el libro XI, sino que ocupa un lugar premeditado entre los libros XI y XII, presentándose como obra de ancianidad, más reposada y filosófica, que anuncia la retirada del poeta a su Hispania natal, ganada ya en el libro XII. A su vez, en cuanto a los problemas de transmisión de este último libro, sostiene que la rama β es la más antigua y que γ , considerada tradicionalmente como la original, presentaría un orden posterior a la publicación.

A modo de resumen, el capítulo quinto se dedica a confirmar brevemente la tesis inicial: que el pretendido realismo de Marcial es, después de todo, literatura de ficción enmarcada en un concepto laudatorio de epigrama en el que la elevada figura imperial desciende a lo cotidiano salpicándose de barro mundano y en el que, a su vez, la intrascendencia epigramática se eleva hacia el panegírico –burlón a la par que inocente y sin doble intención crítica– para deleite de la clase letrada romana y provincial que sabe apreciar toda la riqueza que se esconde en él. El retrato que Marcial ofrece de Domiciano es, por tanto, muy diferente de la terrible imagen que transmite la historiografía posterior a la dinastía flavia.

Del método de trabajo me gustaría destacar ante todo sus, a mi juicio, tres bondades principales: la minuciosidad y sutileza con que el autor analiza los poemas significativos sobre la base de una exhaustiva y actualizada bibliografía, la sugerente y fecunda separación entre el Marcial poeta y el Marcial personaje de epigrama, y el hecho de que el hilo conductor del libro se amplía y aprovecha para elucidar aspectos controvertidos de la transmisión, datación y configuración de la obra del bilbilitano. Creo, pues, estar ante un importante avance en los estudios de Marcial (o como lo llama el autor, un *Neuansatz zu einer Martialinterpretation*).

Universidad de Zaragoza

Alfredo ENCUESTRA ORTEGA
alfenc@unizar.es